

Presencia de la Iglesia

La fraternidad

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

Comunión y comunidad

“¡Mira cómo se quieren!” , decían asombrados los paganos de los tiempos de la Iglesia apostólica, viendo la conducta de los primeros cristianos.

La fraternidad o comunión es algo esencial – no puede faltar – en la vida de la comunidad cristiana de todos los tiempos y latitudes. Después del Concilio Vaticano II, la reflexión teológica ha redescubierto la centralidad de la comunión o fraternidad en el misterio y la vida de la Iglesia.

La fraternidad eclesial, ante todo, es don del Espíritu Santo y reflejo de la Vida Trinitaria; exige ser traducida y vivida en la experiencia de la comunidad, a todos los niveles del ser eclesial.

Comunidades más fraternas

La Iglesia, en sus diversos niveles, aparece a los ojos de muchos, sobre todo como un cuerpo fuertemente organizado, como estructura social eficiente, o bien, como agencia encargada de la administración de actos religiosos e iniciativas asistenciales. Para algunos, es sólo una burocracia, con sus funcionarios y secretarios. Demasiado a menudo, no aparece como espacio de comunión y lugar en el que se vive la fraternidad.

Se está caminando en esta dirección: han nacido órganos colegiales, se tienen sínodos y asambleas eclesiales, hay muchos grupos y movimientos, comunidades de base, nuevas formas de vida consagrada, etc. La búsqueda de nuevas formas de comunión eclesial es uno de los hechos presentes de manera visible en la Iglesia de las últimas décadas. Sin embargo, falta mucho que hacer para que la gente, en particular los pobres, los que viven en soledad, los enfermos, encuentren en nuestras parroquias un lugar de acogida, de escucha, de apoyo y de acompañamiento.

El desafío de la fraternidad

El crecimiento de la comunión y fraternidad, en la comunidad eclesial, es un objetivo de todos los pastores (obispos y sacerdotes). Toda actividad de evangelización exige un grupo (la comunidad eclesial) que viva en su interior, en las relaciones interpersonales, la caridad que anuncia – celebra – testimonia hacia el exterior. La evangelización y el testimonio de la caridad exigen hoy, como primer paso, el crecimiento de una comunidad cristiana que manifieste en sí misma, con la vida y las obras, el Evangelio de la caridad y la fraternidad. La fraternidad, antes de definir el “actuar” de la Iglesia, define su “ser” profundo. Cada quien, según su propio ministerio y el don recibido del

Espíritu, tiene que comprometerse en primera persona en la edificación la comunidad del amor de Cristo, participando con plena responsabilidad, a su vida y misión.

La Iglesia, que nace de la comunión de vida de la Trinidad y manifiesta el amor de Cristo, está llamada a ser caridad fraterna en la realidad cotidiana de la vida y de las relaciones recíprocas entre sus miembros. Sólo una *Iglesia fraterna* puede ser sujeto creíble de la evangelización. Para los cristianos, es ya una derrota la sospecha y la desconfianza.

En la Pastoral de la Salud

También en el sector de la Pastoral de la Salud, están brotando iniciativas que mejor valoren los carismas de los creyentes y lleven hacia una real corresponsabilidad de todos en la acción pastoral.

Una tarea importante pertenece a los pastores: tienen el cargo de alentar a los bautizados, para que formen una comunidad cristiana que anuncie, celebre y testimonie la presencia del Resucitado, en la fraternidad y la solidaridad. Se requieren algunas dotes y características particulares: disponibilidad, capacidad de comprensión, capacidad de establecer relaciones auténticamente personales, respeto constante de las ideas ajenas, lealtad y fidelidad, flexibilidad, amabilidad en el trato, cortesía, disposición a la comunicación y a la colaboración.

Para que se fortalezca la fraternidad entre todos los discípulos del Señor, es necesario favorecer un conjunto de convicciones, de actitudes, de relaciones interpersonales que promuevan una verdadera cultura de comunión. Ésta exige algunos valores humanos, como la actitud de pensar juntos, la repartición de las tareas, la elaboración comunitaria de los planes pastorales, la formulación correcta de juicios compartidos sobre la realidad del ambiente, la adopción de formas de intervención en las que se exprese el alma de toda la comunidad interesada. Estas calidades humanas, en las que son llamados a ejercitarse el cristiano y su comunidad, constituyen una verdadera pedagogía de comunión y acostumbran en el superar las visiones autónomas y sectoriales.

Además que en las relaciones interpersonales y “personalizadas” con los enfermos y los trabajadores de la salud, la fraternidad eclesial, tiene que expresarse a través de la formación de grupos, movimientos, formas asociativas. La comunidad eclesial tiene que llegar a ser un hogar al que todos puedan acercarse y encontrar la comprensión y el calor humano que necesitan. La Iglesia, que se halla en las instituciones para la salud, tiene además que relacionarse e integrarse con las realidades exteriores: parroquias, diócesis. Todos estos pasajes y el seguimiento del objetivo de la fraternidad requieren capacidad de diálogo, deseo de superar positivamente los conflictos, voluntad de colaboración y creatividad en la planeación.

Jesucristo “es quien nos revela *que Dios es amor*” (1 Jn 4,8), a la vez, es quien nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana es el mandamiento nuevo del amor. Así pues, a los que creen en la caridad divina, les da la certeza de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles. Al mismo tiempo, advierte que esta caridad no hay que

buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria. (Gaudium es Spes, 38)

Eucaristía y fraternidad

Cuando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara «con» ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor. Mediante el sacramento de la Eucaristía, encontró el modo de quedarse «en» ellos. Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. «Permanezcan en mí, y yo en ustedes» (Jn 15,4). Esta relación de íntima y recíproca «permanencia» *nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra*. ¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el «hambre» de su Palabra, un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para «saciar» de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo.

Pero, la especial intimidad, que se da en la «comunión» eucarística, no puede comprenderse adecuadamente ni experimentarse plenamente fuera de la comunión eclesial. ... Para crear y fomentar esta unidad Cristo envía el Espíritu Santo. Y Él mismo la promueve mediante su presencia eucarística. En efecto, es precisamente el único Pan eucarístico el que nos hace un solo cuerpo. El apóstol Pablo lo afirma: «Un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (I Co 10,17). En el misterio eucarístico, Jesús edifica la Iglesia como comunión...

La Eucaristía es fuente de la unidad eclesial y, a la vez, su máxima *manifestación*. ... Es comunión *fraterna*, cultivada por una «espiritualidad de comunión» que nos mueve a sentimientos recíprocos de apertura, afecto, comprensión y perdón.

En cada Santa Misa, nos sentimos interpelados por el ideal de comunión que el libro de los Hechos de los Apóstoles presenta como modelo para la Iglesia de todos los tiempos. La Iglesia congregada alrededor de los Apóstoles, convocada por la Palabra de Dios, es capaz de compartir no sólo lo que concierne los bienes espirituales, sino también los bienes materiales (cf. Hch 2,42- 47; 4,32-35). En este Año de la Eucaristía, el Señor nos invita a acercarnos lo más posible a este ideal.

(Juan Pablo II, *Mane Nobiscun Domine*, 19-21 del 7 de Octubre de 2004)